

Ni sanciones ni ataque ni bomba

[Nizar Abdel-Kader](#)

Atacar Irán no es una opción. El régimen de los ayatolás no va a ceder y seguirá adelante con su plan nuclear, pero Oriente Medio es una olla a presión y ya hay suficientes muertos en Irak. Así que, aunque suene algo ingenuo, Washington y Teherán están condenados a hablar. [Nizar Abdul Kader](#)



El conflicto entre Irán y EE UU se remonta a los inicios del régimen islámico, pero en los tres últimos años la hostilidad entre los dos países ha alcanzado un punto crítico debido a la voluntad de Teherán de desarrollar tecnología atómica y el empeño de Washington en impedirlo. Es más, desde la decisión del Organismo Internacional de la Energía Atómica (OIEA) de remitir las actividades de Irán al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, la cuestión nuclear se ha vuelto prioritaria para toda la comunidad internacional.

Los dirigentes iraníes, tanto reformistas como de la *línea dura*, han proclamado siempre de forma unánime que, de acuerdo con el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares (TNP), tienen derecho a poseer energía atómica y a fabricar su propio combustible para fines pacíficos. Muchos protestan por la política de doble rasero que

practica EE UU y se preguntan: "¿Por qué no se exigen las mismas cosas a Israel [que tiene armas nucleares]?".

Las declaraciones recientes de los líderes de Teherán afirman que sus intereses se centran en los usos pacíficos y que no desean una bomba atómica. Sin embargo, en Occidente existe la opinión generalizada de que tiene motivos importantes para aspirar al desarrollo de este tipo de armas, entre ellos: mejorar su posición estratégica en su complicado y volátil entorno geopolítico; adquirir el prestigio y la influencia que supone ser miembro del *club nuclear*; rectificar el equilibrio alterado hace mucho tiempo por el hecho de que otros países de la región (Israel, Pakistán e India) ya formen parte de esa élite; mejorar su posición disuasoria, pasando de la misma categoría que Irak (miembro del *eje del mal*, sin opción atómica) a la de Corea del Norte; movilizar a la opinión pública del país para que apoye al régimen contra las conspiraciones extranjeras para derrocarlo.

Existen muy pocas diferencias entre reformistas y *halcones* en este asunto. Todos los iraníes hablan claramente del derecho de su país a desarrollar esta tecnología civil. El 9 de febrero de 2003, en un discurso ante un grupo de universitarios e intelectuales, el entonces presidente Jatamí dijo: "Irán está decidido a emplear tecnología avanzada, incluido el uso pacífico de la energía nuclear", y añadió: "Todo lo que estamos haciendo es legal y transparente". El pragmático Hachemí Rafsanyani desechó las objeciones de EE UU y subrayó que "Irán quiere tecnología nuclear incondicionalmente". Este empeño tan firme se hizo más desafiante con las palabras del actual presidente, Mahmud Ahmadineyad, cuando declaró que renunciar al enriquecimiento era "nuestra línea roja, y nunca la cruzaremos".

A los persas les preocupa que los planes estratégicos de Washington puedan extenderse más allá de Afganistán e Irak y temen que haya "un proyecto iraní en preparación en Washington". Teherán considera que los acontecimientos de su vecino afectan a su seguridad y a sus intereses en el área del Golfo, por lo que siente la obligación de establecer buenas relaciones con diversos grupos étnicos y religiosos en el país vecino. Nunca ha negado que pretenden hacer más difícil a EE UU la ocupación de Irak.

El aumento de la tensión en torno a las actividades nucleares de la república islámica despierta serias dudas sobre la posibilidad de alcanzar una solución pacífica a la crisis. La estrategia utilizada por el anterior equipo negociador persa, que encabezaba Hasan Rohani, pretendía convencer a los europeos de que Teherán iba en serio cuando decía que no quería desarrollar armas atómicas; la idea era que, a largo plazo, dicha estrategia sería más beneficiosa que el recurso a Rusia y China como contrapeso a la diplomacia coactiva de EE UU. Por el contrario, los *halcones*, con Ahmadineyad a la cabeza, han adoptado un método más arriesgado a la hora de negociar. En la estrategia actual, la cuestión nuclear se está convirtiendo en el problema más complejo que ha tenido que afrontar la república islámica desde su creación. La decisión de reanudar el programa de enriquecimiento recuerda las maniobras de engaño de la guerra fría, con los matices propios de una época muy distinta.



Contra viento y marea: los iraníes están dispuestos a defender su programa nuclear con la ayuda de Alá y las milicias paramilitares basiji.

Ahora que el *dossier* está en manos del Consejo de Seguridad, lo que está en liza es el orgullo nacional y la autosuficiencia de Irán en materia de seguridad. Estas preocupaciones son las que movieron a Mohamed el Baradei, director del OIEA, a recomendar un enfoque pragmático que acabe permitiendo a Teherán ciertas actividades restringidas de enriquecimiento, estrechamente vigiladas por los inspectores internacionales.

Los iraníes, para adelantarse a las presiones estadounidenses en el Consejo de Seguridad, se han apresurado a declararse el "octavo Estado nuclear" de facto. El régimen va a aprovechar el tiempo que le concede la resistencia de rusos y chinos a las sanciones para continuar el enriquecimiento y obligar a la comunidad internacional a aceptar el hecho consumado.

Da la impresión de que su estrategia se basa en la hipótesis de que una intervención militar de EE UU es una posibilidad muy remota. A juicio de los iraníes, para preparar una demostración de fuerza semejante, Washington necesita preparar el terreno en varios aspectos: primero, tiene que convencer al Consejo de Seguridad de que acepte una resolución (con arreglo al Capítulo VII) que permita el uso de la fuerza, en caso

de que fracasaran las sanciones; necesita convencer a la opinión pública de su país para que respalde una operación militar; debe intensificar sus esfuerzos diplomáticos para movilizar a la opinión pública internacional e islámica contra las aspiraciones de Teherán y necesita mejorar con urgencia la situación política y de seguridad en Irak, que constituye una "muestra de debilidad" de su Ejército. Todas estas tareas pueden dar a Irán el tiempo necesario para pasar del enriquecimiento en laboratorio a hacerlo a escala industrial.

Las relaciones del *régimen de los ayatolás* con varios Estados árabes son ya tensas, y pueden deteriorarse aún más. Los países de su entorno tienen miedo de que un Irán nuclear altere el equilibrio de poder en la región y envalentone a las minorías chiíes dispersas por Oriente Medio o, peor todavía, desencadene una carrera de armamento nuclear. Por otro lado, el régimen islámico cuenta con cierto respaldo popular —que puede verse en los medios— por haber desafiado la política y la presencia de EE UU en la zona. No obstante, Irán y sus vecinos sí comparten ámbitos de interés. Hace poco, Teherán se comprometió —como otros Estados musulmanes— a dar 50 millones de dólares (casi 40 millones de euros) al Gobierno de Hamás. Pueden discrepar en las políticas respecto a Irak, los palestinos o la posición de Hezbolá en Líbano, pero ninguno quiere que Washington promueva el cambio democrático en su entorno.

MIEDO A UN CRECIENTE CHIÍ

En los últimos tiempos, las autoridades árabes han dicho que les preocupa un Irán dotado de armas nucleares. Los motivos para esa preocupación varían. El principal es que un ataque estadounidense o israelí contra sus instalaciones atómicas podría poner en peligro la estabilidad regional y perturbar el suministro y los mercados de productos energéticos. Esos países temen acabar atrapados entre dos fuegos y suponen que habrá enormes presiones por parte Washington para que apoyen las sanciones.

Las autoridades y los medios de Líbano están empezando a expresar sus temores sobre las consecuencias que tendría, para la seguridad de su país, que Hezbolá decidiese participar en la respuesta del

régimen islámico contra tales ataques. No hace mucho, el presidente egipcio, Hosni Mubarak, expresó su inquietud por la influencia de Irán sobre las minorías árabes chiíes: "La mayoría de los chiíes de la región son leales a Irán, no a los países en los que viven".

Hace varias semanas, Estados Unidos e Irán empezaron a examinar nuevas estrategias para solucionar su disputa, que parecía ir en aumento y destinada a terminar en enfrentamiento. Washington sigue haciendo ruido de sables contra Irán, una táctica que está condenada al fracaso. Los persas han reaccionado con amenazas de sacudir el mercado del petróleo, disparar los precios y emplear su capacidad militar en todos los sitios posibles.

Teherán teme la posibilidad de una agresión estadounidense o israelí contra sus instalaciones nucleares, un ataque *quirúrgico* que podría ser el comienzo de una guerra. Los iraníes han dejado claro que responderían hostigando a las fuerzas de EE UU en Irak y a

Israel, además de realizar atentados terroristas en otros lugares. Por otro lado, quieren evitar las posibles sanciones de la ONU, y se apoyan en la oposición de rusos y chinos a dichas medidas. Para garantizar que esto siga siendo así, Irán tiene que ofrecer a Moscú y Pekín unas condiciones económicas más lucrativas. Mientras, Washington y algunos de sus aliados dicen que desean promover los derechos

humanos y el pluralismo en Irán, lo cual implica un cambio de régimen.

La pregunta es cómo se supone que ello modificaría su política nuclear. Semejante estrategia endurecería la conducta iraní y aumentaría la hostilidad contra EE UU.

Los libaneses temen los efectos que tendría que Hezbolá decidiese participar en una respuesta de Irán contra ataques israelíes o estadounidenses

La mejor estrategia consiste en intentar llegar a un acuerdo con Teherán, para lo que sería necesario dar ciertos pasos concretos. Uno de ellos es permitir que mantenga su programa de enriquecimiento de uranio en el ámbito

de la investigación y bajo control estricto de los inspectores del OIEA.

El segundo, emplear todos los medios diplomáticos para lograr que acepte la oferta de enriquecer uranio en territorio ruso. Deben establecerse medidas para impedir que entren en

Irán todas las importaciones de tipo atómico procedentes de infractores no identificados y, por último, ofrecer a Irán incentivos para que coopere por completo, levantando todas las sanciones económicas previas y autorizando las inversiones extranjeras que tanto necesita su economía.

Muchos expertos opinan que Teherán podría fabricar una bomba en tres o cuatro años. Una operación militar contra la república islámica estaría llena de riesgos y tendría ramificaciones catastróficas en todo Oriente Medio, un sólido argumento a favor de quienes prefieren que el proceso diplomático siga su curso. Pero las negociaciones en la ONU pueden prolongarse durante meses o incluso años, y Teherán puede progresar hacia el desarrollo de armas nucleares.

La estrategia estadounidense de imponer sanciones está condenada a fracasar si no cuenta con el apoyo de Rusia y China. La alternativa sería aplicar unas sanciones específicas contra figuras y activos iraníes en el extranjero. Por último, la táctica más clara y segura es llegar todavía a un acuerdo y evitar una escalada de la crisis que desemboque en un peligroso enfrentamiento.

Nizar Abdel-Kader es general retirado del ejército libanés, columnista y analista político de Ad-Diyar, de Beirut, autor de numerosas obras sobre la política en Oriente Medio y está finalizando un libro sobre la cuestión nuclear iraní.

Fecha de creación

18 julio, 2008